

DON TOTAL

POR

UNA DOMINICA DE CLAUSURA



APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

A P R O B A C I O N E S

NIHIL OBSTAT:

CARLOS E. MESA, C. M. F.

Censor

IMPRIMI POTEST:

PEDRO SCHWEIGER, C. M. F.

Sup. Gen.

NIHIL OBSTAT:

D. PEDRO ALVAREZ

Censor

IMPRIMASE:

† **José M.^a, Obispo Aux.,**

Vic. Gen.

Impreso y encuadernado en BINICROS, S.L.

Av. Catalunya, 130 Naves 15-16

08150 PARETS DEL VALLES (BARCELONA)

Printed in Spain

Con licencia eclesiástica

I.S.B.N. 84-7693-156-5

Dep. Legal B-23643-91

I N D I C E

Prólogo.

- I — Facedoras de nonadas.
- II — En el principio era el Don.
- III — Concebidos por Dios Padre.
- IV — Vocación personal.
- V — Lo que agrada al Padre.
- VI — Causas segundas.
- VII — Alba de Encarnación.
- VIII — El pecado que habita en mí.
- IX — Retablo de la Vida y de la Muerte.
- X — Epifanía de la enfermedad.
- XI — Tenemos un sacerdote.
- XII — Cuando Yo sea levantado en alto.
- XIII — Dios... ese Absoluto.
- XIV — La tendencia profunda.
- XV — ¡Qué barato compraste, Señora!
- XVI — En el Espíritu de Amor que nos ha sido dado.

P R O L O G O

Unas palabras, lector, para que sepas desde el principio que tienes en las manos un libro que es una joya.

Por su forma y por su contenido.

No quiero ocultarle, sin embargo, que no han faltado personas que, después de haber leído los originales, o de haber oído exponer esta doctrina de viva voz a la autora, han escrupulizado y hecho sus repulgos a la ortodoxia de estas enseñanzas.

Yo me he preguntado muchas veces por qué. Y estoy seguro de que, al volver la última página del libro, también te lo has de preguntar tú, lector.

Pensemos que todo es debido a la ignorancia y pensaremos lo más caritativo.

La verdad es que esta doctrina del "don total", tal y como la expone la autora, es el meollo mismo del Evangelio y uno de los puntos de vista más sencillos, más comprensivos, más profundos y también más bellos desde los que se puede enfocar la doctrina evangélica de la perfección.

Y bajo todos estos aspectos ha logrado la autora exponer su doctrina con acierto cumplido.

Se ha remontado hasta el Misterio mismo de Dios y, en el proceso de su vida trinitaria, ha descubierto

que "en principio era el don", ya que la misma vida de Dios es don substancialmente; porque es substancialmente BIEN o, si queremos, AMOR.

Y este BIEN, este AMOR, que es difusivo por naturaleza, "ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado". (Rom. 5, 5). Y la prueba más alta que Dios nos ha dado de este don de su AMOR es que "no perdonó a su propio Hijo, antes por nosotros todos lo entregó. Pues ¿cómo juntamente con El no nos dará todas las cosas?" (Rom. 8, 32).

Esto, como ves, lector, es la más pura, la más alta y la más bella teología.

Pero sigamos. Dios, que desde el principio es don y que en el tiempo se ha hecho don para los hombres, viene buscando hacer de los hombres don; porque donde siembra amor, quiere sacar amor.

Cristo, con su vida y con su palabra, es el primer teólogo del "don total". "Por lo cual, al entrar en el mundo, dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste... holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron... entonces dije: Heme aquí presente... quiero hacer ¡oh Dios! tu voluntad". (Hebr. 10, 5-6).

"Por esto me ama mi Padre —decía— porque yo doy mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo por mi mismo la doy." (Joan. 10, 17.)

Esta actitud de rendimiento y entrega a la voluntad del Padre es la disposición continua del alma del Salvador. Ignorarlo es ignorar el Evangelio.

Y esta es la actitud que pide de nosotros, ya se trate del abandono confiado a su providencia —"Tras todas estas cosas andan solícitos los gentiles. Bien

sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todas ellas... No os preocupéis por el día de mañana..." (Mt. 6, 32-34)—, ya de la absoluta docilidad en secundar sus planes: "Hágase tu voluntad", nos manda El pedir.

Y, si de esta actitud, que pudiéramos decir pasiva, nos fijamos en el esfuerzo que debemos poner a contribución, recordaremos que se nos exige poner todas nuestras energías en la demanda, porque conquistar el Reino de los cielos exige violencia y solo quienes se la imponen llegarán a conseguirlo.

Estas exigencias llegan a tal extremo, que es necesario renunciar —dar— a todas las cosas, aun las más queridas. Más aún, es necesario renunciarnos —darnos— a nosotros mismos y abrazarnos con la cruz, hasta tal extremo que, si en la demanda es necesario renunciar a un ojo, al pie o la mano, a la misma vida, no deberemos vacilar un punto.

¿Quién no sabe que esto también es algo medular en el Evangelio?

El "don total", pues, en esta doble vertiente activa y pasiva, que es darse del todo a Dios —nosotros y nuestras cosas— y aceptar cuanto de El nos venga con abandono gozoso, filial y confiado, es una fórmula de perfección que no deja nada que desear, desde el punto de vista de la seguridad doctrinal. El alma que a ella se abandone, si se esfuerza denodadamente por encarnarla en su vida, puede estar segura que llegará al encuentro con Dios. A lo largo del libro lo verá el lector hecho todo verdad en muchas almas de que nos habla la autora.

Y esto mismo es lo que han sentido todos los doc-

tores en toda la historia de la Iglesia. Ninguna doctrina espiritual puede presentar mejores patentes de ortodoxia. Quien haya leído a Taulero y a San Juan de la Cruz — por citar solo cumbres— sabe muy bien lo que significan expresiones como estas: resignación total, abandono total, entrega total, etc.

El alma ansiosa de perfección, puede con toda seguridad confiar sus anhelos al "don total". Encontrará en él un camino seguro y simplicísimo, para llegar a Dios. Pero heroico. El heroísmo es inexcusable para toda alma que quiere levantarse hasta Dios. Lo verdaderamente lamentable para el alma sería el emplear esfuerzos heroicos en un empeño que no había de conducir a nada o solo a resultados mezquinos. No es este el caso del "don total". En él rendirá hasta el cien por cien todo esfuerzo que ponga el alma.

Ya no me queda otra cosa más que felicitar efusivamente a la autora y pedir al Señor que sea fecundo para las almas su apostolado de escritora, desde el sosiego y la soledad de Córdoba.

FRANCISCO JUBERÍAS, CMF.

Sevilla, 6 de agosto de 1959.
Fiesta de la Transfiguración del Señor.

I

FACEDORES DE NONADAS

El Convento de San Juan de los Reyes es el “pájaro solitario” de la Ciudad Emperatriz.

En las asomadas de su alero, ajeno a los estrépitos mundanos, dorado al fuego de crepúsculos bermejos, es el Carrillo, escondido y enamorado, del cantarcito que hiciera languidecer de muerte de amores a Juan de la Cruz.

O es el alma en huida, hacia el atractivo abisal de lo Infinito, mientras el cuerpo —roca y basamento berroqueño— se encarna en una labra histórica de permanencia secular.

San Juan de los Reyes es el desdoblamiento del ser y del estar... disonancia y ansiedad de muchas almas consagradas en esta época nueva que nos nace.

¡No ser del mundo y estar en él!

Se nos escapa el alma en vuelo de la urbe y quedamos, no obstante, en la ciudad.

San Juan de los Reyes es la maravilla cincelada de un ex-voto real.

Prometieron los Reyes Católicos, entre los aprietos de la batalla de Toro que, si conseguían la victoria deseada, levantarían un magnífico templo “para dar gracias y loores a Nuestro Señor y su bendita Madre”.

Ellos mismos escogieron como su mejor solar lo que fueron casas del Duque de Alba, emplazamiento privilegiado, mirador abierto sobre los despeñaderos del Tajo.

Juan de Guas, “maestro minor” de los Reyes, Gu-miel y Maese Rodrigo, hubieron de dirigir la traza de ese Te Deum perenne de granito.

Su panorama, mágico y austero, su ambientación alada y vigorosa, tiene reflejos de ímpetu y de éxtasis que espiritualizan el peso de la piedra, y hacen del rico cenobio franciscano, la boca de la Esposa, a donde Toledo asciende, a flor de labios, sus acabamientos místicos de amores.

Y hasta allí subió un día la augusta pareja, emocionada de estrenar sus umbrales, mientras pensaban haber ofrecido a Dios el mejor templo de la Cristianidad.

La Reina Católica —dimensión de dos mundos— que exigía la grandiosidad en el culto divino como un deber de adoración, miró desilusionada la obra del “mayor de la Primada” y, con fino y desengañado reproche, inquirió:

“¿Esta *nonada* me habéis fecho?”

.....

San Juan de los Reyes, con sus filigranas repu-jadas, seguirá siendo asombro de millares de ojos sedientos de belleza; solo para las dulces y celestes pupilas de Isabel —ambiciosas, insaciables de gloria divina— resultará siempre eso:

¡Una pequeñez!

.....

Y cuando en este crepúsculo de púrpuras, yo asciendo el repecho del convento —aleluya de plata contra cintas de azules y de gules— siento también

una voz penetrante y única que, tras la pregunta de la Reina, pone a la vez su supremo interrogante.

Es la voz de la Voz, palabra de la Palabra..., es el Verbo de Dios que nos habla. Es la voz que nos llamó a la santidad, con copiosidad y abundancia de deleite y de gloria.

Nosotros entrevimos sus encantos, y quisimos buscar al Absoluto; comprendimos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; y cálidas, bullentes, estallantes de entregas, le dimos nuestras vidas..., con una voluntad constructiva de perfección, con un querer implacable y manifiesto de llegar, costara lo que costare, a su unión de amor. Soñando ser en el corazón de la Iglesia una célula vital, que aportase corrientes de sangre oxigenante; el fermento en la masa que la hace levantar y ser pan bueno... Pero vemos que a muchas detiene en este trance la mediocridad; y se quedan en los términos medios, y dan mucho, pero no lo dan *todo*, y se ofrecen, pero no se acaban de consumir...

¡Qué pocos llegan a la cripta, más secreta y escondida del alma, para hacer allí su oblación perdida en la de Cristo!

Cuando un alma se detiene en el camino de la totalidad, lo hace siempre por escasez de generosidad, y por miedo a dejar el corazón despoblado de todo cariño humano y el alma en vaciedumbre de todo apetito, gusto y asimiento.

No se quiere morir a una empresa, a un estilo, a un criterio; no se acepta mansamente ese dejar que los otros nos pasen, y se rezagan en amar a Dios más o menos, pero con todo su corazón, con todo su espíritu y con todas sus fuerzas.

La santidad es realización personalísima que admite muchas modalidades, pero, lo que ningún santo ha hecho, es darse con medidas a Dios.

Corremos el peligro de que entre frases bellas y apostolados más hermosos todavía, nos sobre entre las manos alguna renuncia por hacer, alguna mezquindad por evadir, un fiat, un ecce, un suscipe, al que hayamos puesto linderos.

Para esto surge en muchas almas la ambición del don total, para ser "las incondicionales de Dios".

Y sabemos que, por su misericordia, las hay en todas partes: bajo mitras episcopales y en la parroquia rural; en la clausura y en la cátedra; en la misión y en el costurero; en el Instituto secular y en el taller de arte.

Porque el don total no es una doctrina, un sistema, es un solo movimiento que actualiza y estrena con entusiasmos frescos y nuevos, las fórmulas de siempre. Cuando el incomprensible y llameante Doctor de Fontiveros, escribía en su Cántico el comentario a la estrofa XXVII:

*"...y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa";*

y exponía: "muy voluntariamente y con grande suavidad se entrega el alma a Dios *toda*, queriendo ser *toda* suya, y no tener cosa en sí *ajena a El*, para siempre, causando Dios en ella la dicha unión", San Juan de la Cruz escribía entonces las más bellas líneas sobre el don total.

En esta hora tensa de renovaciones, en esta época ambiciosa del mundo mejor, para lograr lo que el Pa-

dre Lombardi ha llamado: “*transformación de lo selvático en humano y de lo humano en divino*”, ningún esfuerzo más definitivo que el del *don total*, para conservar intacta la interioridad y que no se gaste en el apostolado.

Las almas de don total han simplificado su vida; en vez de muchas prácticas, viven de un espíritu, de un acto único que las aquieta, las unifica y las sosiega en Dios.

Estas pobres líneas que están escritas a petición de muchas de estas almas, quisieran ser solo eso: filtraciones que humedezcan, empapen, fertilicen y produzcan esas resoluciones de plenitud. Que digan a las almas lo imprescindible de darse totalmente.

Dios amó tanto al mundo que le dio su Hijo Unigénito. Cristo me amó y se dio por mí.

¿Me quedaré con mi don entre las manos para que en la hora suprema de su visita pueda también reprocharme?

¿Esta *nonada* me habéis fecho?

II

EN EL PRINCIPIO ERA EL DON

La Santísima Trinidad es el único Don Total.

La vida "ad intra", majestuosa e inefable de Dios, es sencillamente un *darse* infinito y divino, sin término ni final.

El Padre se da al Hijo engendrándole.

Dom Marmión nos dice que "el pensamiento del Padre es darse totalmente a Jesús, el Hijo de su predilección".

El Padre conociéndose engendra, se comunica y se da a su Hijo Unico y perfecto, le hace espléndidamente el *don total* colmado y fastuoso de cuanto El es, a excepción de la propiedad de ser Padre. Es el primer impulso, gesto y transmisión de este ciclo maravilloso que constituye la vida divina en el Ministerio de la Trinidad.

Darse, extenuarse, consumirse en ese exhaustivo rezumar de la Primera Persona en la Segunda..., acto totalitario en el que el Padre se entrega al Hijo. ¡Reverbero suyo, su Palabra, su Transparencia, su Expresión!

Y el Hijo que posee la misma naturaleza, y está identificado en la unidad personal, se da al Padre, se le revierte y retorna en el don total de la compenetración más inefable, de la oferta más incesante, que es un amor perfectísimo, fundido, solo, exclusivo y único, de cuya donación augusta procede misteriosamente la Tercera Persona: el Amor que, dándose a su vez,

termina y clausura el ciclo de las operaciones íntimas, procesiones inefables, abisales e infinitas de Dios.

No hay superioridad, ni bajeza, inferioridad, ni puestos, ya que las Tres Personas son idénticas, iguales y exactas en una sola Deidad y Naturaleza, en un orden que rima con la disciplina de origen; en el secreto que Dios ha querido dejarnos entrever para nuestro júbilo, para seducción de lo eternal en nuestra vida terrena, para apetencia de esa Sociedad admirablemente majestuosa.

¡El Verbo solo vive para volverse a su Padre, y *darse* a El! Su latir es entrega, y en ese volcarse el Hijo se recibe todo del Padre y se devuelve todo a El, en el amor del Espíritu Santo.

El Hijo es la expansión, la difusión, el desdoblamiento del Padre..., y al estrecharse en la Tercera Persona, brota incesantemente revertiéndose en las otras dos.

Panal de miel que destila siempre néctar.

La Trinidad es el dogma del don total.

El don total es nuestra sencilla y fácil teología para la reproducción de la vida trinitaria.

Si nos damos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, copiamos la manera de ser de los Tres, la secreta vivencia del Misterio, transportamos a nuestra alma un destello del cielo trinitario, y puesto que Dios no ha querido para su vida íntima otra fórmula, ni otra manifestación, nos incorporamos a ese ejercicio que copia la esencia, el ser y el estar de la Trinidad.

Dios se da todo a Sí mismo, y al *darse*, penetra su propia esencia; solo Dios puede también penetrar

esencialmente el alma, atravesarla y *sustanciarse* en ella.

Esa simplificación de los movimientos divinos es ejemplo de la semejanza de unidad que el don total puede imprimir a nuestra vida, todo se reduce a ese don trinitario.

Y don que continuamente fluye, rebosa, se derrama..., pues aun entre oscuridades terrenas podemos adivinar esas corrientes maravillosas, y cantar con el Santo descalzo incandescente:

“¡Qué bien sé yo la fuente que mana y corre aunque es de noche!”

En la cerrazón de nuestro mundo sabemos que no para el agua de correr..., que jamás se estanca el don íntimo en las divinas procesiones, que en cada cuadrante del reloj podemos tener la seguridad del suceso, y repetirnos con certeza: *“Ahora Dios se está dando”*.

Y vendrá la pregunta imperiosamente paralela: ¿Me estoy dando yo también?

En Dios el darse no es postura, ni hábito ni costumbre, es: estado y entraña trinitaria.

Cuanto más deseamos asemejarnos a El, más empezaremos a vivir nuestro don total en la tierra, para prolongarlo luego incesantemente en el cielo, Dios es siempre el mismo. No vale la pena de vivir más que para El.

¿Recuerdas un libro titulado *La razón de mi vida*? Lo escribió una mujer por el triunfo de una causa discutible.

No hay discusión, ni puede haber vacilación algu-

na, para que de una vez, tajantemente, hagamos de ese don total a la Trinidad: *la razón de nuestra vida*.

El Espíritu Santo es el broche y el cierre del ciclo santísimo, porque El nace del don mutuo del Padre y del Hijo, es la sociedad del Don total de las Divinas Personas hechas un solo y único Dios, fuera de estas propiedades y relaciones, todo es común y se pierde indivisible, "pro indiviso", en esa unidad de naturaleza que:

*"¡Su origen no lo sé, pues no lo tiene,
mas sé que todo origen de ella viene
aunque es de noche!*

.....

*"¡El corriente que de estas dos procede
sé que ninguna de ellas la precede
aunque es de noche!"*

Allí en ese magnífico Misterio del amor supremo es donde los Tres queman, abrasan, apuran y agotan todas las posibles totalidades de la donación.

La vida íntima de la Trinidad es la actuación incesante del don total.

¿No habéis leído el romance I y el III del mismo Doctor Carmelitano sobre la Santísima Trinidad?

No hay puntos más sabrosos para gustados a solas, sumida el alma en el recuento de la adoración trinitaria, que se apaga con la regaladísima promesa del don divino.

*“Dale siempre su sustancia
y siempre se la tenía...*

... ..
*porque un solo amor tres tienen
que en su esencia se decía
que el amor, cuanto más uno,
tanto más amor se hacía.*

... ..
*¡Al que a Ti te amara, Hijo,
a Mí mismo le daría
y el amor que Yo en Ti tengo,
ese mismo en él pondría!”...*

... ..

La fuente sigue corriendo la suavidad de sus aguas..., solo las criaturas estancan su don total, y la detienen y corrompen el amor..., pobre y magnífico amor nuestro, que siendo tan poca cosa, lo hipotecamos a menudo tan bajamente, y que es, sin embargo, capaz de *darse* al Dios Sumo y Trino..., amor de criatura..., el mío..., con una posibilidad: “¡La de darse plenamente a la Trinidad!”.

¿No lo aprovecharé hoy?

¿No me resulta bastante?

*“¡Pues dentro de Dios absorba
vida de Dios vivirá!”*

(S. Juan de la Cruz)

III

CONCEBIDOS POR DIOS PADRE

Lo está escribiendo una monjita lista y avispada, profesional de la contemplación, en la serena reciedumbre de Agreda.

Todavía no se han puesto los científicos y teólogos de acuerdo sobre ella, pero todo lo suyo, desborda santidad, unión, interioridad, algo indudable, y bendito, que nos hace presentir en ella a Dios.

Buen seguro de fe, el haber conseguido la Venerable tanto amor para Nuestra Señora, que no deja equivocados a sus devotos. Vocera de María, es cédula y garantía de previsión.

Yo me la imagino hoy en su albo hábito, arropada en la capa coral-azul intenso, escribiendo las claras inteligencias de sus atisbos sobrenaturales, en la paz pueblerina y sosegada.

Rompe en una exclamación adorante y admirativa, en la que nos describe su experiencia de Dios:

“¡Altísimo, hermoso sin fealdad, grande sin cantidad, bueno sin calidad, eterno fin sin tiempo...! ¡Fuerte sin flaqueza, vida sin mortalidad, verdadero sin falsedad, presente en todo lugar, llenándole sin ocuparle!

¡A quien ni el espacio ensancha, ni la estrechez de lugar es angosta, ni la voluntad es varia!... ¡A quien ni el origen dio principio, ni el tiempo dará fin!

¡Qué inmensidad reconozco en vuestro Ser infinito!

Todo lo vi junto y no acierto a decir cuanto vi...

Vi al Señor como estaba antes de criar cosa alguna, todo estaba desierto y Dios estaba en su mismo ser, que de ninguna cosa de las que crió tuvo necesidad, ni las ha menester. Porque tan infinito en atributos era antes de crearlas, como después y ninguna perfección perfecta y simple puede faltar a su Divinidad, porque Ella solo es lo que es por inefable y eminente modo...

Entre las Tres Divinas Personas se decretó el comunicar sus perfecciones de manera que se hicieran "dones" de ellas, y después de las eternas emanaciones ad intra, se vio como obligado de Sí mismo a comunicarse ad extra, por aquella inclinación y peso que hay en El de "darse"...

Cortamos a la ilustre Abadesa, consejera de Felipe IV.

Así fue:

En aquel umbral impreciso del tiempo, antes de la constitución del mundo, antes de que las cosas fuesen, en aquella alba estremecida de la luz primera..., después de su Hijo y de su Madre... Dios se puso a pensar en nosotros..., continuación de Cristo.

Y como su pensar es hacer, nos produjo y nos concibió.

Maravilla y prodigio del amor efusivo de Dios.

No pudo ser como el engendrar absoluto y exacto de su Verbo —El es Dios, nosotros deificados—, pero sí a su semejanza, con un temblor caliente de comunicación vital, de participación de su naturaleza, de su rama y linaje.

Fuimos engendrados en el espíritu, por voluntad

de Dios, asegura San Juan. Nos ha entrañado en Sí, ansiando nuestra deificación de un modo tan arrebatador, tan deseante, como jamás podremos comprender.

Cuántos hombres no se encontrarían solos al transitar por senderos enjutos de cariño y sociabilidad, si “verificasen” este dulce y enorme “realismo” de nuestra generación deificante.

Entonces, aunque careciésemos de toda comprensión enternecida, palparíamos siempre el refrigerio tibio y confortante de un maravilloso destino filial.

¡Concebido por El!... Y Dios Padre siente desde ese momento la dulce gravidez de llevarnos con Cristo en su seno divino, en una gestación fecunda y espléndida, que es digna de cambiar la vida de quien lo contemple y profundice.

Dios se siente Padre, con la ternura ilusionada y llena de lo paterno y de lo maternal a la vez. El, ser completo, tiene la redondez y la perfección lograda de la plenitud.

Antes de la constitución del mundo, ya estábamos en El, acunados en su Hijo, adentrados en su vida, insertados en el misterio insuperable de la Trinidad. Y cuando el mundo fue y cantaron los pájaros, y la tierra y la brisa reían, quedaba ya nuestra existencia asociada al ritmo divino, a la Casa heráldica de la Divinidad, con vínculo, con referencia, con naturaleza participada... ¡no somos “sans tóit”, ni hospicianos en el orden divino!, ¡tenemos el regazo: el derecho a penetrar en la intimidad de la Trinidad!, ¡hogareños de Dios!, ¡con su gesto de clásica “parresía” delante del Padre!

Parece que el Señor tiene empeño en poner más a nuestro alcance y conocimiento, ese prodigio de la vida divina y trinitaria, tal vez porque estamos en tiempos de búsqueda de "verismo" y de la sinceridad.

A toda esa hambre de espontaneidad, nos responde colmadamente, es real "realidad" de lo único que es Auténtico y Absoluto.

Esta vida divina se nos ofrece no sólo como "don" admirable, sino como hecho "visible"; no para que se quede en adoración prosternada, sino para que llegue a la diaria vitalización en nosotros.

¡Inviscerados en lo divino!, ¡qué hallazgo imponderable y saciativo!..., ¡qué apocalipsis en mí de la Trinidad!

Pero todavía queda una última sorpresa delgada, fina y sutil, que es así como una milagrosa exquisitez. No sólo se nos da la vida divina, sino que la participamos a la manera como se da en Dios.

Como ellos hacen su don entre Sí, de una manera parecida nos hace su don a nosotros.

Usan de la misma fórmula.

Y como en la Unidad está la Trinidad y en Dios hay Personas que se singularizan, Dios nos ama tanto que quiere introducirnos en este Misterio y los Tres se especifican, se especializan en su don y en su darse.

Es algo tan sumiso y delicioso que constituye la más regalada vivencia de algunas almas interiores, que paladean este despliegue trinitario, se "encuentran" en él, lo experimentan en modo encendido y santificador.

Es sentir en la más honda esencia la Trinidad de personas y la especificación de cada una de ellas.

¡Sí! El Padre busca desbordarse y verterse en nosotros a semejanza de como lo hace en el Verbo, y en El nos engendra, predestinándonos en ese Cristo que proseguimos, que alargamos, que estiramos, porque somos la continuidad de Jesús, y quiere hacernos compartir con El sus perfecciones, sus atributos, su fecundidad.

Y nosotros, al emitir ese acto de fe seca y árida, incolora, somos como una línea de proyección de su conocimiento, lo definimos, lo formulamos.

El Verbo, Palabra del Padre, lo expresa en obra concreta, inmensa, de a folio, dorada y bellísima..., nosotros en pobre edición pulga, minúscula y compendiada hasta la menudez.

El Hijo nos hace el don de su filiación y el alma vive con Cristo "in sinu Patris", quietamente abandonada con confianza de niño, arrojando en El toda inquietud y agitación, toda preocupación o problema personal..., permaneciendo muy por encima de todas las cosas, sintiéndose hija con el Hijo.

Todo lo del Padre es suyo y todo lo suyo es del Padre, y se encuentra sosegada y pacífica entre las manos blandas y cuidadosas que arrojan puñados de estrellas para alumbrar a los mundos.

Nuestro don al Padre es la permanencia en su seno, unvida de su reposo, de una liberación de criaturas, de un descanso de todo convencionalismo que nunca llegue a hacernos estremecer..., todo temor desalado, toda intranquilidad o alteración debe quedar fuera del halda amorosa de quien se llama en la Escritura "más tierno que una Madre" y quiere que nos llamemos hijos y de verdad lo seamos.

Y luego, cuando conscientes de nuestra vida deiforme, de nuestra vocación a lo divino, nuestros actos, palabras, movimientos y anhelos son ascendidos por la gracia en un movimiento de amor transformativo, reproducimos el ritmo y proceder del Espíritu Santo, que consuma en nosotros su total plenitud.

Las divinas Personas no hacen vida distinta, nada las corta ni las separa, ni las divide; en su circuminsección permanente se unifican, se funden en identidad inseparable, consustancial, en su esencia indivisible e inmutable.

...¿Por qué no se suscitan más almas que en lo posible reproduzcan este acto trinitario y uno con el que Dios se adhiere incesantemente en Sí mismo...? ...¡Si muchas almas experimentasen esta vocación de *don total* que no es otra cosa que: *la permanencia de adhesión a la Trinidad...*, un mantenerse en el amor y en la luz..., con vocación inmutable que va eliminando todo lo humano, depurando criterios, impulsos, decisiones, tendencias que no nacen auténticamente de Dios..., entonces Dios encontraría las almas de la máxima gloria divina; porque no hay congreso, grupo de acción ni movimiento de apostolado que pueda tributarle las alanzas de unas almas así "trinificadas"!

La vocación trinitaria que todos hemos recibido es un tejido de dulcísimas exigencias sobrenaturales y la quiebra de la santidad cien por cien de muchas almas está en ese atropello, que nos impide clarificar la vista para distinguir el polvo terreno, esa cadencia de oración prolongada que lleva al olvido de la vida divina, único fin de nuestro existir, misterio inefable del Amor Infinito.

Con qué razón exclamaba el santo Padre Gin hac a sus jesuitas tercerones: "Padres míos, que un religioso contemplativo hace más en un año de apostolado que los de una hora de oración hacen en toda su vida".

Y la frase idéntica casi y paralela del Cardenal Manning: "Un alma de oración larga, hace un apostolado mucho más grato a Dios en una semana, que las de poca oración en varios años".

¡Entre los mismos consagrados hay tantas cosas que distraen, que entretienen y alejan de esa influencia del espíritu!

Y, sin embargo, eso es lo único que va a quedar, lo que permanece y es.

Dios nos ha sacado de la nada para plenificarnos en el Todo.

Lo divino estorba siempre cuando andamos tras lo humano.

Cuando el alma ensaya a vivir esa *permanencia de adhesión*, Dios se le da a sentir en lo más escondido de sí misma, en un sabroso conocimiento de lo trinitario, en una influencia de amor y de inspiración que preparan gracias magníficas e insospechadas.

Es inenarrable esa unión que Dios establece en las almas, mediante la comunicación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en un conocimiento experimental que es el anticipo de la vida eterna...

Cuando todo un Dios se ha puesto a pensar en nosotros, es absurdo obsesionarnos por otra cosa que lo que llamaríamos "nuestra trinidad".

iii Dios mío, yo quisiera ser la satisfacción de

vuestro pensamiento... Quisiera llenar plenamente el ansia de vuestra Trinidad en mí!!!

Y el alma se profundiza más y más abismadamente en el misterio..., porque Dios no está callado ni inoperante en lo más hondo del espíritu..., sino dinámico, impelente y activísimo..., y suele acontecer en plena madurez y granazón espiritual, que una gracia mística, espiritual, sustancial y transformante, haga experimentar al alma que ella a su vez "ha concedido a Dios", siendo esta una merced delicadísima y subida.

Sumergida en el seno de la Trinidad el alma trata de proceder en todo al modo divinizado, comulga de la misma dicha de Dios, reduce a la unidad todo su hacer, en ese "darse" de adhesión entrañable al don único, al don incesante, supremo e irradiador de la eterna Trinidad... Ella puede entonces exclamar cauterizada y encendida como el Santo Padre Claret... *"¡Porque Dios es para mí sufficientísimo!"*.

IV

VOCACION PERSONAL

Después de esa dulcísima concepción que hemos meditado en el capítulo anterior, Dios comienza su diálogo con cada alma, transmitiéndole ese mensaje personal que contiene su vocación singular y propia.

Flota sobre nuestra vida un llamamiento, un designio particular. Es su esbozo, su diseño, la maqueta de amor que nos perfila en su mente divina.

¡Allí, in sinu Patris, tenemos cada una nuestro nombre!

*“Te llamaré desde hoy con otro nombre,
que todos desconozcan
y que no sirva para nadie más...”*

*Llámame... Tú a todas horas
con este nombre que no entiende nadie
y que no sirve para otra cosa”.*

.....
.....

Es diversa la actuación de ministerios, distinta la tónica de cada servicio, varían en mucho los mejores carismas, no se doblan las almas, ni se cortan iguales... cada una se inserta a su manera en el Cristo total, con un rasgo nuevo de belleza, con una tonalidad de voz diferente...

Es su eco divino..., palabra de la Palabra..., es la

providencia que nos anuncia “nuestro misterio personal”, nuestra vida única, bella y clara, luminosa y fecunda, con un rumoreo de gracia callada y de repercusión universal.

Es nuestra leyenda dorada, la razón de nuestra vida, la carta magna de nuestro destino.

El misterio de cada alma es esa “palabra reglada” que entraña y contiene su vocación personal..., es un descenso flameante y ardoroso del Espíritu Santo.... que baja sobre todo existir que se inicia y que graba un fin, una idea, una misión en cada hora sin hora de los comienzos...

*“Daremos el nombre convenido,
me llames Tú..., y te llame yo a solas
Tú y yo sonreiremos de otro modo
¡El nombre es nuestro y los demás lo ignoran!
Nadie sabrá cuando te llamo.
Nadie sabrá cuando me nombras.
Tú y yo nos llamaremos mutuamente
ante el mundo y a solas,
con un nombre a medida
de esta nueva ternura sin congojas”.*

... ..
¡Oh, aquel día consagrado en que bajó hasta nos-
otras la embajada divina y recibimos la “consciencia”
de nuestra vocación íntima y sola!

¡Et factum est Verbum Domini ad me!

Sí, en mí se “hizo” su palabra... y yo he sido un
recipiente de un volcarse de Dios.

Cada vocación tiene su encanto, su fragancia y su olor.

Es la impronta divina que nos sella y lacra para Dios.

Amar y recibir una vocación es entregarse amorosamente a todas sus exigencias. Y esto es la universalidad del don total.

Que sea el que sea tu llamamiento, tu género de vida, tu atractivo interior, el don total te lleve a vivirlo plenamente.

Porque el don total no es esto ni aquello, no contiene método ni sistema, es solamente la entrega que hace el alma quitándose enteramente de sí, para ponerse plenamente en Dios. Y sólo se pone el alma en El, a través de su vocación personal.

Misterio de gracia, este de las vocaciones propias; cada joya en su estuche, cada uno tiene su forma cerrada e íntima de contener a Dios.

Debemos estudiarlo para entender bien nuestro croquis, nuestro esquema.

Solo así no seremos "interinos" en los planes del Padre, sino que nos entraremos por ellos con rumbo terminal y definitivo.

Y entonces comprenderemos que no hay nada desorbitado ni perdido, sino que aun los desconciertos contribuirán al plan escogido por Dios. Así como el alma determina el cuerpo, nuestra vocación personal concreta y específica nuestra santidad.

Fruto de nuestros pensamientos suelen ser a menudo nuestras vidas. "Somos los artesanos de nosotros mismos" —dijo Séneca—, y a través de los siglos, continuamos comprendiendo que somos libres de colocar

nuestra residencia en la vulgaridad o en el heroísmo, que vivimos en el piso que queremos, bajo o último, sótano o principal.

Y aun dentro de cada Orden religiosa, cada alma es un alma y cada consagrado es el fundador de su propia santidad.

Nuestro porvenir espiritual lo podemos hacer nuestro, mientras en cambio nuestra vida externa está vinculada a no pocos elementos y circunstancias.

Pero pase lo que pase —hacia afuera—, sean las que sean nuestras situaciones y condición, el don total puede darse en todas y es el nexo y el secreto que las santifica.

El don total no es para los días de sol o lluvia, ni para las temporadas de playa, no pertenece a las horas silenciosas y plácidas o al momento de heroísmo frágil, no, el don total no es nada circunstancial ni *sobreañadido*, sino que es sencillamente *“transferir a cada momento de nuestra vida el misterio de nuestra vocación personal”*. Es nuestra respuesta a su Palabra.

Vivamos nuestra vida como vida “única”, cuidada, protegida y no como una vida más.

Cada etapa de don total es un nuevo borrador, un nuevo ensayo, para el don total supremo.

El don total es la entrega amorosa y plena a su llamamiento de gracia, el “misterio de amor” de cada vida. Es la unidad del alma simplificada en un solo acto, es la estilización de la vida espiritual en una sola línea, es la reducción de todo a un solo acto de amor.

Hay que respetar todos los caminos, hay que besar todas las sendas.

Veo cada mañana una viejecita encogida suspirante, escrupulosa, con un gran escapulario de terciave, imperceptible, parece casi el último metro de la ría y su intenso recogimiento matinal. Su figura brepieza de tela de una vida; no atrae quizás los entusiasmos del confesor dedicado a la formación de hogares jóvenes y piadosos, ni del director de obras que necesita eficaces secretarias, tesoreras, asistentes sociales.

No interesa al coleccionista de "Casos" de fundadoras, de estigmatizadas, ni intriga al sacristán que sonríe a las furtivas propinas de la marquesa y de la dueña de los Almacenes Norteamericanos...

Sumida, ignota, le interesa mucho a Dios. ¡Es un alma, y un alma en gracia y tal vez un alma heroica, que está dando las últimas puntadas al tapiz maravilloso de su vida. Un alma dulce en su casi inutilidad, pacífica en su sombra, fecunda en su constante sacrificio. Un alma que ha salvado miles de pecadores, que ha sostenido vocaciones sacerdotales y que por ella—eso solo lo saben los ángeles—, ha cumplido con la Iglesia este año el Excmo. Sr. Subsecretario de un Departamento.

Y sigue hollando cada mañana el caminito de su iglesia por la calle vieja con nombre de sacristía. Y ni se la nota, ni se la mira...

Respetemos todas las vidas que pasan a nuestro lado..., ¡no sabemos la maravilla divina que atesora cada vocación personal!

Cada alma es un alma, con su historia inédita,

con sus gracias particulares, con sus tibiezas y sus generosidades.

Hay que iluminar bien ese carisma que nos especifica, porque atinar con la vocación personal es acertar con el gusto de Dios.

Son los extraños “primores de calor y de luz” que cantaba el frailecillo enamorado de la capa blanca y del corazón cauterizado.

Debemos integrarnos en esa vocación personal, haciéndonos nuestra espiritualidad propia, dejando que se entrometa en todo la acción divina disfrazada y calladita que a veces nos revela su querer en una luz, en una lectura, en una inmersión de recogimiento, en un toque substancial. Averigüemos nuestro rasgo característico, la clave de nuestra misión.

Tal vez no sea la que nosotros soñábamos, sino mucho más fragante y más hermosa.

En una ocasión un padre tercerón y jesuita se arrojó ante el venerado Padre Gihnac y después de acusarse de los pecados de su vida pasada, le dijo atormentado: “Ya ve qué he sido, Padre..., he roto todos los planes de Dios”. “No se preocupe —le dijo su santo maestro— El hará uno mucho más hermoso”.

Sí. ¡Haced vidas regias con fragmentos descabalados, y cantó dulcemente una poetisa española, Fundadora insigne hoy:

*“Si haces obras maestras, solo con desperdicios,
para que me hagas santa ¡¡tengo un derecho más!!”*

Solo así se nos hace razonable lo absurdo de mu-

chas vidas, en que parece que juega el Señor a los despropósitos con sus santos.

Ante el fin definitivo, que es el valor supremo, todo lo demás no se cotiza en la Bolsa divina sino en cuanto lo potencia y favorece.

Y desfilan ante el recuerdo hechos incomprensibles, rarezas que no nos explicamos, situaciones que no acertamos a fallar.

Que un San Luis Grignón de Montfort sea suspendido de licencia en varias diócesis a la vez, que tenga que dejar de celebrar tantas Misas... ¡Que una Beata Teresa Subirán sea despedida del Instituto que fundó y propagó con tanto amor, y que su Congregación, de tumbo en tumbo, pase por siete espiritualidades diferentes en un caos agitadísimo, que solo tendrá, eso sí, un logro fecundo, pasados treinta años de borrasca!, son cosas que dejan estremecido y atónito el sentido común.

Solo las descifra el sentido divino, el que no nace de la carne ni de la sangre, sino de la Voluntad de Dios.

Y así, un Padre Chaminade, al final de una vida santísima es postergado e incomprensido de sus Marianistas que cuando acuden, perdida ya el habla por el moribundo, sólo pueden por señas restablecer la unión de corazones.

Y una vida interesantísima, y casi desconocida, la de Ana Felipe de los Angeles, agustina de Medina del Campo, suma tantos fracasos y humillaciones que casi la tendríamos por maldita y dejada de la mano de Dios.

¡Y sin embargo, le era tan predilecta!

Su exquisita sensibilidad necesitó durante muchos años de la lejía purificadora de celos y envidiejas, de quienes se veían superadas por la delicada monjita —toda talento y fortaleza— que en el mundo se llamaba la Marquesa de Falces.

Cada una de ellas, desde distintas esquinas y estados vivieron su aspecto de don total. Eso es lo que ahincadamente buscan estas páginas: almas que desde todos los extremos de la vida, en todas las edades y horas, siguiendo su estilo, su estructura, su destino, *den a Dios en cada momento, todo lo que aquel momento puedan dar.*

Y no lo damos todo mientras nos quedamos con algo.

El don total varía de matiz y de aspecto en las etapas y épocas de la vida. Pero lo “esencial y definitivo, es que las disposiciones interiores de cada alma, sean las que Dios quiere de ella”.

Hay almas como en las labores de Lagartera, a quienes Dios exige que se deshilachen para comenzar luego a bordar..., otras como las encajeras típicas de Almagro..., colocan alfileres, dan vueltas al mundillo, tuercen las hebras, cruzan los hilos..., pasan el gancho..., no se comprende bien aquel rebujo..., pero van siguiendo el curso de un cartón agujereado de rayas imposibles. Hay vidas que asemejan enredos, torcidos y nudos de hilos encontrados, trama invisible de un cartón pálido e impreciso. No importa, ¡las manos diestras y ágiles siguen trenzando... y poco a poco aparece la blonda, el bellissimo encaje, sutil, vaporoso y enamorado como un velo nupcial. Que sea así tu vocación personal!